

BIBLIOTECA



Plaza y obelisco de Altamira. Caracas.

La traicionada poesía española reciente*

Cuando, en los últimos tiempos, ha llegado la hora de indicar las razones por las cuales la poesía española de los recientes cincuenta años ha parecido inclinarse, por lo general —y con las excepciones de todos conocidas—, hacia los lenguajes del realismo, el argumento más empleado por nuestra crítica ha sido siempre el mismo: el estrecho argumento sociopolítico. Más que de un argumento, parece tratarse ya de una excusa; y, peor aún, de una falta de perspectiva en relación con los procesos de formación cultural por los que ha pasado la creación literaria, artística y filosófica contemporánea. No será ocioso aclarar con qué alto grado de responsabilidad se ha visto implicada la crítica literaria de nuestro país en esta demasiado prolongada *institución* realista; una crítica que sólo en el entorno de contadas escuelas, y únicamente en estos últimos años, ha ido modificando su visión acerca de nuestra reciente historia literaria y artística. Pero no nos engañemos: el *canon* impuesto por los estudios historiográficos españoles en los últimos cincuenta años está entretejido, en general, con no pocos desaciertos, con igualamien-

tos reductores y con continuas manipulaciones de ese mismo canon. Igualar la poesía de José Ángel Valente o Antonio Gamoneda, pongamos por caso, con la de José Hierro o Ángel González implica, a nuestro juicio, una inaceptable reducción. ¿Quién puede olvidar la desgraciadamente famosa antología de José María Castellet, en la que quedó excluido uno de los poetas centrales de nuestra tradición, Juan Ramón Jiménez, sobre la base de los perversos intereses que se hacían necesarios para la imposición de una poesía de corte realista en España? La mayor parte de las antologías posteriores han optado por una no muy distinta práctica deformadora y manipuladora.

La hegemonía realista ha sido eso: una *institución*. Ha sido propiciada y hasta impuesta por la crítica. En los años 50 y 60, venía favorecida por las condiciones culturales y políticas de la dictadura franquista, una dictadura que cortaba las posibilidades y las aspiraciones europeas y universales de nuestra cultura, y que produjo posteriormente una especie de ceguera y retraso con respecto a las tradiciones que se habían ido creando en

* Poesía española reciente (1980-2000); edición de Juan Cano Ballesta, *Cátedra (Letras Hispánicas)*, Madrid, 2001.

otros países. La pobreza y la falta de ambición creadora del realismo en aquellos años se correspondían con la pobreza misma del país y su dura realidad política. Pero no podemos disculpar la falta de profundidad y de contemporaneidad de muchos de nuestros creadores de aquella hora argumentando continuamente, y sin una revisión más honda del problema, el oscuro panorama en el que entró la sociedad española en aquel período. Porque, de hecho, hubo otras prácticas literarias, pero acalladas y marginadas. Desde el postismo hasta Cirlot, y desde Francisco Pino hasta el grupo Cántico —todos ellos excluidos por Castellet en su antología— puede decirse que otras opciones de escritura operaban de espaldas a la institución del realismo. La sospechosa facilidad con que nuestra crítica olvidaba la lección de las vanguardias, así como la superficialidad de los presupuestos teóricos en los que se apoyaba la «actitud» realista, hacen pensar que durante demasiado tiempo se ignoró la cuestión central de la creación poética en el interior de la modernidad: el problema del lenguaje o, si se prefiere, el lenguaje como problema. Las actitudes realistas o «neorrealistas» de la *nueva sentimentalidad* o *poesía de la experiencia* se apoyan hoy precisamente en esa facilidad y, dicho sea sin el deseo de hacer un juego de palabras, hacen de la facilidad un modo

de ser cultural. Renunciar enteramente al legado del romanticismo europeo (que funda la modernidad literaria) e ignorar el legado de las vanguardias es rechazar el espíritu en que se ha sustentado la cultura de los últimos doscientos años. Y eso precisamente es lo que ha venido haciendo un amplio sector de la poesía española. Creer que se puede o que se debe edificar una visión del mundo desde un pensamiento vaciado hasta tal punto de los más fundamentales signos y valores de la gran tradición occidental, no prueba otra cosa, a mi juicio, que la degeneración de un largo período de pobreza intelectual que llega hasta hoy mismo.

Viene la reflexión anterior, obligadamente sintética, a propósito de la publicación de *Poesía española reciente (1980-2000)*, en edición de Juan Cano Ballesta, un libro que, a nuestro modo de ver, perpetúa los serios desenfoques que la poesía española ha venido recibiendo estos años por parte de la crítica; y a agravarlos, si cabe, habida cuenta de la colección en que el libro se publica, con amplia difusión en el mundo académico. Esta antología declara ser «continuación» de otra publicada en 1980 por la misma editorial, *Joven poesía española*, realizada por Concha Moral y Rosa María Pereda.

Cano Ballesta apoya toda su argumentación crítica en dos datos, ambos falsos: la creencia de que la